

Los tehuecos habian dispuesto su gente, de manera que la una parte acometiese á la frente del pueblo, quedándose la otra en emboscada por el lado contrario, á cubierto de una arboleda, de donde no debia salir hasta estar los ocoirís empeñados en la accion, sin que tuviesen mas aviso que el incendio de sus casas, y el alarido de las mugeres y los niños. Si la prudencia del cacique de Ocoirí no hubiera trastornado un proyecto tan bien discurrido, aquel dia hubiera sido perniciosísimo á la cristiandad de Sinaloa, y habria acabado con una de las mas quietas y mas fervorosas poblaciones. El, ó porque hubiese tenido noticia de la situacion del enemigo, ó por uno de aquellos rasgos de la providencia, poco comunes en su nacion, viendo á sus gentes correr en tropel, donde los llamaba la algazara del enemigo, los contuvo, diciendo que no dejasen el pueblo, sus mugeres y sus hijos, espuestos á la invasion de los tehuecos, que podian dividirse, y amparados del bosque acometer la poblacion. Efectivamente, miéntras unos marcharon á los enemigos, quedó otro cuerpo de reserva para defensa del lugar. Los tehuecos que habian quedado en el monte corrieron en furia á prender fuego á las casas; pero la sorpresa de ver descubierta y prevenida su estratagemá les hizo perder el valor. A vista de sus prendas mas queridas, los ocoirís, acometieron con un ímpetu á que fué imposible resistir. Huyeron en desórden de una y otra parte los tehuecos, dejando muchos muertos y muchos prisioneros en manos de los bravos ocoirís, que prácticos en aquellos caminos les inquietaron mucho, siguiendo el alcance hasta el medio dia.

Otros sucesos
de Sinaloa.

Habia venido poco ántes noticia al alcalde mayor, que á seis leguas de la villa se veian algunas sementeras que por no estar vecinas á alguno de los pueblos, parecian ser de los indios fugitivos, homicidas del venerable padre Tapia. Aumentaba la sospecha que los pocos indios que solian verse en ellas, se ocultaban luego y se retiraban con diligencia á lo interior del monte. Envió el capitán algunos españoles é indios amigos á reconocer la gente. Los rebeldes, ó por aviso que tuvieron, ó porque su poca seguridad los hacia estar siempre prevenidos, se habian ocultado entre las sementeras. Repentinamente cayó sobre los pocos españoles una nube de flechas, de que quedaron dos heridos. El resto con los indios aliados acometieron á los fugitivos, que con poca pérdida se salvaron en los montes. De los españoles heridos sanó el uno despues de muchos años. El otro, cristianamente preparado, murió á las dos horas, aunque habia muy poco penetrado en el muslo la

flecha emponzoñada. Fué cosa singular que cavando en la villa la sepultura un criado, á quien el difunto amaba tiernamente, cayó repentinamente muerto y bañado en lágrimas en la sepultura que preparaba á su amo, donde como uno de aquellos ejemplos de fidelidad que rara vez se ven en el mundo, fueron juntamente enterrados. En medio de estas revoluciones no dejaban de recoger muchas mieses los fervorosos obreros. Habian pasado de cuatro mil los bautismos entre párvulos y adultos. Los nuevos cristianos se veian avanzar sensiblemente en el amor y adhesion de las santas prácticas de nuestra ley. A un niño de pocos años, despues de haberse confesado, preguntó el padre quién podia sanarle de aquellas enfermedades del alma, á que respondió muy afectuosamente: „*Nadie, padre, en el mundo sino Dios, y tú en virtud de su palabra.*” Un indio de la sierra en que habian entrado los padres, hallándose acometido de una grave enfermedad, y no teniendo algun padre con quien confesarse, anteponiendo la salud espiritual á la del cuerpo, caminó muchas leguas por confesarse, creyendo que habia de hallar en el Sacramento de la penitencia la quietud de su conciencia y el remedio de su enfermedad, como lo halló efectivamente, cooperando el Señor á la firmeza de su fé. Habíanse un poco excedido en la bebida algunos neófitos, inducidos de un perverso anciano: reprendió el padre la accion ágricamente en el púlpito, y luego los delincuentes, hincándose de rodillas en presencia de todo el pueblo, confesaron su culpa y se condenaron á tomar una disciplina para satisfacer á la divina justicia. Faltaba uno de los culpados, y advirtiéndolo un viejo deudó suyo, le hizo que viniese al otro dia á la Iglesia é imitase en la penitencia á los que habia seguido en la disolucion. Tuvo un indio apasionado el atrevimiento de entrar á casa de una india á horas que estaba sola. Ella, revestida de indignacion al proponerle su torpe desseo, se le acercó disimulando el enojo, y quebrándole la flecha que traia en la mano, le quitó el arco y le dió con él muchos golpes, diciéndole... *¿Y qué no sabes que soy cristiana, que nuestra santa ley prohíbe toda impureza, que oigo la palabra del Señor y recibo su santo cuerpo?* Así recompensaba el Señor con espirituales y sólidos frutos á sus ministros de lo mucho que cada dia tenian que sufrir en los continuos movimientos é inquietudes de los bárbaros.

En uno de aquellos intervalos, en que la fuga de los indios les dejó algun tanto desocupados, como no sabe acomodarse bien con la inaccion aquel fuego que consume á los hombres apostólicos, el padre Her-

Mision á Cu-
liacán.

nando de Santarén con otro compañero, partió á Culiacán, donde habia dejado grande opinion desde la vez primera que visitó aquella provincia. En los españoles y en los indios se hizo un fruto copiosísimo con la publicacion del santo Jubileo. De ahí llamados de unos en otros pueblos, pasaron á la provincia de Topía y real de S. Andres. Los indios, por no perder la doctrina celestial de que estaban hambrientos, seguian á los padres de unos lugares á otros. En todos ellos salian á recibirlos con cruces altas cantando á coros la doctrina. Treinta poblaciones recorrieron, y hubo algunas en que pasaron de ochocientas las comuniones. La disciplina y el uso del santísimo Rosario, abrazaron con tanto fervor, que aun despues de cerrada la Iglesia venian muchos á disciplinarse ó á rezar en el cementerio. El vicario de Culiacán, algun tiempo despues de acabada la mision, escribe así: „Es de dar gracias á nuestro Señor, y despues á VV. RR., que los indios é indias de repartimiento que vienen por tanda de sus pueblos á servir á los españoles, traen muy de ordinario los rosarios en la mano, y que el indio con su carga á cuestas, y la india con su cántaro al hombro, van y vienen rezando con harto ejemplo, y aun confusion de sus amos. El desinterés y el dulce trato de los misioneros, robó de tal suerte los ánimos de los indios, que enviaron á Sinaloa cuatro diputados con una carta muy espresiva al padre Martin Perez, superior de Sinaloa, para que la Compañía se encargase de aquellos pueblos, ofreciendo ellos pasar á México á negociarlo con el Sr. virey y con el padre provincial.

Progresos de la mision de Tepehuanes.

Lo que la cercanía de los españoles no permitió lograr á los tahues, conseguian con grande utilidad suya los tepehuanes. El padre Francisco Ramirez avanzó este año hasta el valle de Atotonilco. Hay en él cinco pueblos que recibieron al padre con extrema alegría. Celebrados allí en la semana santa los sagrados misterios y reducidos á determinada poblacion algunos montaraces, de ahí volvió á la Saucedá, en que la hambre habia obligado á bajar de sus sierras un gran número de bárbaros, que oyeron por la primera vez las palabras de salud. Aquí tuvo noticia el fervoroso misionero de una pequeña poblacion no muy distante, en que hasta entónces no habia sido anunciado el reino de Jesucristo. Partió luego para allá, y preguntando á los moradores por qué no iban á la Iglesia á oír, como los demas la palabra de Dios, y á pedir el santo bautismo, respondiéronle que no iban á la Iglesia por no morirse: que los vivos no podian estar séguros entre los muertos: que ellos estaban en sus casas y los muertos en la suya; así llamaban á la

Iglesia por haber visto que en ella se daba sepultura á los cadáveres. El padre tomó de aquí ocasion para desengañarlos de su error y hablarles de la necesidad que tenemos todos de morir y de la esperanza que alienta á los cristianos de la vida eterna é inmortal para que Dios crió al hombre. Oyéronle con suma atencion, y el padre les envió luego una Cruz y un catequista que les enseñase la doctrina. Colocáronla en medio de sus pobres chozas, y al rededor de ella se juntaban dos veces al dia para disponerse al bautismo. De aquí pasó á un monte cercano, en que como otras tantas fieras vivian los indios en las cuevas y las aberturas de las rocas entre quebradas impracticables. El primer dia, despues de mucha fatiga y cansancio, vió un indio en lo mas alto de la roca. Subió luego con inmenso trabajo y poco fruto, porque el bárbaro, armado de arco y flecha en una mano, y con una sarta de pescado en la otra, á la presencia de un hombre desconocido, sin hablar palabra, le puso delante el pescado, y corrió con admirable velocidad á ocultarse en la espesura. Quedó sumamente desconsolado el varon de Dios; sin embargo, perseveró ocho dias buscando entre aquellas grutas y picachos inaccesibles las preciosas almas. Bendijo el Señor su constancia, porque con una docilidad cuasi sin ejemplo, al fin de este tiempo bajaron siguiendo al misionero cargados de sus hijuelos y sus pobres alhajas á poblarse en el valle. Fabricaron chozas y una pequeña capilla en que asistian á la doctrina. En uno de aquellos dias, en presencia de los salvages y de algunos españoles que habian venido á misa, llegó de un pueblo distante seis leguas una india jóven, vestida decentemente al uso mexicano, y acompañada de muchos de sus deudos á pedir el bautismo. Dijosele que no podia recibirlo sin estar suficientemente instruida en la creencia y obligaciones de nuestra religion. Bien sé todo eso (respondió) y he procurado disponerme para este favor, sin el cual he resuelto no volver á mi patria. El padre, despues de algunas preguntas, hallándola perfectamente capaz, le confirió el bautismo con mucho consuelo suyo y piadosa emulacion de los catecúmenos, á quienes dejó confusos la suficiencia y fervor de la estrangera.

A pocos dias pasó el padre, como habia prometido, al pueblo de aquella nueva neófitá en que habia estado de espacio el año ántes. Sus antiguos hijos en Jesucristo salieron á recibirle colmados de gozo, singularmente el viejo de quien hemos hablado antecedentemente, que besando al padre la mano le dijo con lágrimas: *Muchos años ha que trato*

Nuevos establecimientos.

con españoles sin que hagan caso de mí: tú solo me estimaste, me socorriste con el santo bautismo, y me diste tu mismo nombre. Yo practico lo que me has mandado y hago oracion á Dios, y le doy voces cuando me veo solo por esos campos, pidiéndole de todo mi corazon que me perdone mis pecados y salve mi alma. Se logró que se estableciesen en Papatzquia- ro algunos serranos que la hambre habia obligado á bajar de sus picachos, y se dió alguna forma de gobierno político á esta poblacion, que ha sido despues la principal de los tepehuanes. Mas dificultad costó la fundacion de otro pueblo no muy distante. Habia en su vecindad algunos salvages los mas fieros y desconfiados de toda la provincia, exhortábales el padre á que dejaran los bosques y las rocas y poblasen en sitio acomodado: despues de muchos consejos, permanecian en su dureza, y hubieran permanecido largo tiempo, si una buena muger, interrumpiendo al misionero, no les hubiera persuadido con sus voces é incitado con su ejemplo á la fundacion de la nueva colonia, á que se dió principio á los 16 de julio con el nombre de Santa Catarina. Para el dia próximo de Santiago Apóstol se dispuso un solemne bautismo de muchos párvulos y adultos, entre los cuales iba un cacique jóven que habia seguido al padre desde Guanacevi, distinguiéndose entre los demás catecúmenos, no tanto por su nobleza, por la gentil disposicion de cuerpo y por las bellas prendas de su espíritu, como por un singular afecto al padre, y un extraordinario fervor. El padre Ramirez formó de él un catequista diligente, y un coadjutor fidelísimo de su ministerio apostólico. Predicaba á los suyos con una claridad y una vehemencia que el mismo padre admiraba, y sus exhortaciones, sostenidas de una vida ejemplar y de la autoridad que le daba entre ellos su nacimiento, contribuyeron mucho á la cristiandad, que se vió florecer muy presto en aquel pueblo. Sus padres, gentiles, atraidos con sus consejos, y de la estimacion que se hacia de su hijo, determinaron alojarse en el mismo pueblo en que despues fueron ejemplares cristianos.

Raros sucesos de los chichimecas.

Aun con mayor felicidad crecia la semilla del Evangelio entre los chichimecas de S. Luis de la Paz. El Exmo. conde de Monterey, informado de la utilidad de esta mision, habia mandado fabricar, á costa de la real hacienda, la casa y templo de la Compañía en que estaban de asiento dos padres y un hermano. Habia juntamente relevado á los indios que quisiesen establecerse allí de todo tributo y servicio personal fuera de la ropa, carne y maiz con que se habia comprado de ellos la paz y la seguridad desde el tiempo de su antecesor D. Luis de Velas-

co. Con estos piadosos arbitrios eran muchos los que cada dia se acercaban en el lugar. El Seminario de Indizuelos que allí tenia la Compañía, era juntamente un Seminario de virtud, y un atractivo para los padres, hermanos y parientes de aquellos niños, que los veian salir de allí mudados en otros hombres. Grande ejemplo fué, así del propio aprovechamiento como del aprecio que hacian de la educacion que se daba á sus hijos, lo que aconteció por este tiempo con un indio muy racional y principal cacique del pueblo. Cayó por su desgracia en un exceso de que él solia corregir á los suyos. Estos, ó llevados del mismo fervor, ó de una pernicioso complacencia de venganza, lo despidieron sin dejarlo entrar á su casa cargándolo de injurias. Sufrió humildemente aquellos ultrages, que en otro tiempo hubiera lavado con sangre, y corrió á buscar consuelo en los padres. No halló en ellos mejor acogida: prevenidos de su arribo habian mandado cerrar la puerta y decirle que no admitian en su casa ébrios y escandalosos. Estremadamente afligido fué al alcalde mayor para que los padres le recibiesen en su gracia. En efecto, lo recibieron con una grave reprehension; pero observando el buen cacique que no le trataban con aquella misma dulzura y confianza que ántes, y sabiendo que diez leguas de allí estaba un alcalde de corte que habia ido de México, partió á verlo para que interpusiese su autoridad y los padres le perdonasen enteramente, y no le hiciesen la injuria de desconfiar de su arrepentimiento. Con la recomendacion de aquella persona, de quien trajo cartas, y unas muestras tan seguras de la enmienda que prometia, volvió muy consolado á su pueblo y á la antigua estimacion de los padres. Habia huido en el tiempo que faltó de S. Luis un hijo suyo que estudiaba en nuestra casa, y el cacique, estremadamente afligido de esta desgracia. Todo cuanto habeis hecho conmigo, padres, (les dijo) de no permitir que entrase en esta casa y haberme escluido de vuestra amistad, no ha sido para mí tan sensible como el saber que por mi maldad hayais despedido á mi hijo. ¿Qué culpa tiene él de lo que yo hice? Si yo pequé me hubierais reprendido á mí, y no despidierais de vuestra casa á mi hijo, pues lo habeis criado en ella, y educado tan cristianamente léjos de los malos ejemplos que ahora lo conducirán á la perdicion. Los padres le desengañaron que no habian sido, ni jamas serian tan inhumanos que castigasen en un hijo inocente el crimen de su padre. Que el niño se habia huido, y que despues de muchas diligencias no habian podido descubrirle: que siempre que volviese seria recibido con el mismo agrado.

Esta aventura, y otras muchas que pudieran referirse de este género, aunque de poca importancia entre personas cultas y criadas á los pechos de la religion, pero en la barbarie y austeridad de una de las naciones mas feroces y mas sangrientas del mundo, da á los que tienen ojos una idea bastantemente clara de la eficacia y suavidad de la divina palabra que con tanta facilidad saca miel y óleo suavísimo de las mas duras rocas, y hace de las piedras hijos de Abraham. La situacion de S. Luis de la Paz era por otra parte ventajosa para escursiones frecuentes á S. Luis Potosí. A nuestra Señora del Palmar, á las minas de Sichú, y algunos otros lugares en que no las necesitaban ménos los españoles que los indios, y en que á unos y otros se ayudaba con igual caridad.

El Sr. arzobispo de Nueva Granada pretende llevar á su diócesis algunos jesuitas

Las misiones de la provincia de Nueva-España no eran solo para fundar nuevas cristiandades entre naciones en los confines de la América septentrional, aunque tan vastos. Despues de haber enviado operarios infatigables, primero ácia el Poniente hasta las Islas Filipinas, en que ya quedaba fundada una vice-provincia utilísima para las regiones de la Asia, y de haberse extendido por el Norte hasta trescientas leguas adelante de México, en partes donde jamas se habia oido el adorable nombre de Jesucristo, se dispararon este año sus saetas de salud á las dilatadísimas regiones de la América meridional, en que con el sólido cimiento de la pobreza y de la incomodidad y tribulacion, dieron principio á una de las mas floridas y religiosas provincias de la Compañía en aquellas regiones. Hallábase en México de inquisidor mayor, y electo arzobispo de Granada, el *Illmo. Sr. D. Bartolomé Lobo Guerrero*, hombre de un grande mérito y de un singular afecto á la Compañía. No juzgó poder satisfacer mejor á las grandes obligaciones de su nuevo carácter que llevando consigo algunos de ella, que en la Europa y en México habia visto ejercitarse con tan conocida utilidad en servicio de las almas. Y á la verdad las necesidades de su Iglesia pedian un socorro muy pronto. Aunque en la provincia no sobraban sugetos, era grande la autoridad y afecto del pretendiente, y mayor la importancia de la empresa para que no se hubiese de condescender de parte del padre provincial. Destinó, pues, el Padre Estevan Paez para esta espedicion al padre *Alonso Medrano*, que por diez años continuos habia ejercitado en esta provincia el oficio de misionero, y acostumbrádose á la fátiga y ministerios de la vida apostólica, y por compañero al padre *Francisco Figueroa*, poco ántes

venido de la Europa, y que daba muchas esperanzas, segun la virtud y prendas que le asistian, de ser heredero del doble espíritu del padre Medrano; partieron del puerto de Veracruz el dia de Santa Catarina, 30 de abril de 1598. No fué muy favorable á los navegantes el mar hasta la Habana; pero pudo tenerse por muy feliz esta primera navegacion, respecto de los grandes trabajos con que quiso Dios probar su paciencia en lo que les restaba. Tuvieron que huir con bastante susto algun tiempo seguidos de un pirata inglés que infestaba aquellos mares. A la altura de Jamaica pareció haberse desencadenado todos los vientos. El cielo por once dias ántes habia estado continuamente cubierto de negras nubes que no dejaban observar el sol ni las estrellas, como amenazando con una de las mas espantosas borrascas. Sobrevino en efecto con tal furia, que á pocas horas habian ya perdido el palo del trinquete, y poco despues el mayor. Procuraron remediarse con los que llevaban de respeto; pero no era este aun el mayor trabajo. El golpe del árbol mayor y del trinquete habia quebrantado mucho el navío, y hacia por muchas partes tanta agua, que muchos hombres condenados dia y noche al continuo ejercicio de la bomba, no podian agotarla. Fué necesario echar á la agua mucha carga, y entre los primeros baules que se alijaron, hubieron de ser aquellos en que llevaban los padres su poca ropa, sus papeles y sus libros, para que aun despues de pasada aquella tribulacion tuviesen que sentir los efectos de la santa pobreza. Ya no parecia quedar esperanza alguna de remedio. El ilustrísimo habia hecho confesion general y lo mismo los padres, y muchos de los navegantes. Por el espacio de cuarenta y ocho horas se habian mudado sobre el bajel todos los vientos, y todos igualmente furiosos. La confusion y el espanto de un próximo inevitable naufragio, habia hecho callar y volver dentro de sí aun á las gentes mas licenciosas. En medio de este triste silencio y turbacion saludable de los ánimos, el padre Medrano despues de haberlos exhortado con un crucifijo en las manos á fervorosos actos de contricion, les hizo poner toda su confianza en la intercesion de nuestro bienaventurado padre Ignacio. Les refirió para animarlos algunos casos de su admirable vida, singularmente aquel en que volviendo de Palestina se perdió el navío que no quiso recibirle á su bordo, y se salvó aquel en que fué recibido el Santo peregrino. Diciendo esto, ató á un cordel un pedazo de cilicio con que el santo habia affligido su carne y lo arrojó á las olas, clamando el arzobispo y todos á una voz: *Santo*

Sosiegan la tempestad con una reliquia de S. Ignacio.

padre Ignacio, ayúdanos. Efectivamente, desde aquel mismo instante amainó la furia del viento y dentro de muy poco volvió la serenidad deseada. El ilustrísimo autentificó en toda forma la maravilla, y remitió el proceso al padre general Claudio Aquaviva, prometiendo celebrar al santo anual fiesta en su Iglesia, siempre que la Sede Apostólica lo juzgase digno de los altares.

Padecen nuevos trabajos, y llegan á Cartagena.

Mas aun no era esta la última calamidad que les faltaba que sufrir. Sosegada la furia del mar y de los vientos, y vueltos en sí de aquella confusión, se hallaron sin saber á donde dirigir el rumbo despues de trece dias que los pilotos no habian podido observar, con el barco maltratado y haciendo continuamente mucha agua, las calmas grandes y continuas, y lo peor de todo, tan faltos de agua, que el dia del seráfico patriarca S. Francisco se hallaron cuarenta y cinco personas con solas nueve botijas. No permitió el Señor quedase burlada la esperanza que en su siervo Ignacio habian puesto los navegantes. Al dia siguiente sopló un viento favorable, descubrieron tierra, y dentro de pocas horas se hallaron, sin saberlo, dentro del puerto que buscaban de Cartagena. El encuentro y la vista de otros mas infelices los consoló bien presto de todas sus pasadas congojas. Hallaron en Cartagena dos padres portugueses que navegaban á la India oriental, y á quienes una violenta tempestad sobre el Cabo de Buena Esperanza arrojó hasta el Brasil. Del Brasil á las Terceras, de allí á Puerto Rico, luego á Santo Domingo, de donde habian venido á Cartagena para volverse á Lisboa. Consoláronse con la mútua relacion de los trabajos que con tanta resignacion pasaban por Jesucristo, y partiendo los unos para Europa, caminaron los otros á Santa Fé en compañía del ilustrísimo. Dispuso la Providencia para el éxito feliz de la propagación del Evangelio, y establecimiento de la nueva provincia, que gobernase por entonces el nuevo reino de Granada, en calidad de comandante general y presidente de la real audiencia, un hombre de la misma actividad, de la misma religion y el mismo celo que el Illmo. arzobispo. Era este el Dr. D. Francisco Sande, caballero del hábito de Santiago, cuya probidad y literatura habia premiado el rey católico con los distinguidos empleos de alcalde de corte y oidor de la real audiencia de México, de gobernador, capitan general y presidente de la real audiencia de Filipinas, y luego de Guatemala. En todas partes habia sabido hermanar el servicio de Dios con el del César, y la severidad con la prudencia. El antiguo afecto que tenia á nuestra religion

creyó le daba derecho para llevar á su casa á los dos padres. Escusáronse estos con las obligaciones que debian al ilustrísimo, á cuyas súplicas no habian sin embargo cedido en esta parte, y con amorosas quejas y mucha edificacion de uno y otro, prefirieron, segun la costumbre santa de nuestros mayores, el hospital de la ciudad á las comodidades de los palacios. Es verdad que el amor ingenioso del arzobispo y del presidente supo procurarles en el hospital toda la comodidad de que era capaz aquel pobre hospicio, contribuyendo con todo lo que necesitaban para el sustento y el vestido.

El descubrimiento de estas regiones se debe á Gonzalo Jimenez de Quesada, que por mandato de D. Pedro Fernandez de Lugo, adelantado de Canarias, entró en Santa Marta por el rio de la Magdalena el año de 1536, y aunque hubo alguna competencia entre él, Sebastian de Belalcazar y Nicolas Federmar, que habiendo partido el uno de Quito y el otro de Venezuela, vinieron sin noticia alguna á juntarse en las riberas del mismo rio; prevaleció sin embargo el derecho de Gonzalo Jimenez, que en memoria de su patria impuso á estas regiones el nombre de Nuevo Reino de Granada. Antiguamente no se comprendian bajo este título sino los señoríos de Tunja y Bogotá. Despues que fué erigida en chancillería se extiende su jurisdiccion de Oeste á Este del golfo de Darien hasta la embocadura del famoso Orinoco, en que están los gobiernos de Cartagena, Santa Marta, Venezuela, Caracas, y Dorado ó Nueva Estremadura. Tiene toda esta region de Este á Oeste como 400 leguas de largo y 260 poco ménos de Norte á Sur, y comprende los obispados de Santa Fé, Popayan, Cartagena, Santa Marta y Caracas. El temperamento es de una perpetua primavera con poca variacion, y declina un poco á frio, la tierra estremadamente fértil tanto de semillas, frutas y legumbres, como de oro y de esmeraldas. La tierra es montuosa, y la divide por medio de una larga cordillera desde Popayan hasta Pamplona, en que partiéndose en dos brazos corre la una ácia la gran laguna de Macaraibo, y la otra ácia Caracas. Riegan la region muchos y caudalosos rios, y cuasi todos traen sus vertientes de la Sierra. Los que nacen de la parte septentrional corren al mar del Norte, de que son los mas famosos, el Cauca, el de la Magdalena y el de la Hacha. Los que nacen de la parte austral, que son innumerables, enriquecen con sus aguas al Orinoco. Del descubrimiento, curso, grandeza y propiedades de este célebre rio, uno de los mas grandes del mundo, no preten-

Descripcion de la N. Granada.

demos hablar desde lugares tan distantes, en que nada podríamos añadir á la circunstanciada relacion de un hábil escritor que ha pasado cultivando aquellas naciones vecinas la mayor parte de su vida.

Las principales ciudades, y que propiamente pertenecen á la Nueva Granada son *Santa Fé de Bogotá*, *Tunja* y *Velez*, que por los años de 1537 y 38 fundó el mismo descubridor Gonzalo Jimenez. A la de Trinidad la fundó *Luis Lanchero* el año de 1547 á 24 leguas de Bogotá. *Pedro de Ursua* por el mismo tiempo fundó á Tudela. La Palma tuvo principio por los años de 1572. Tocaima el de 1595, y cuasi por el mismo tiempo Pamplona, Mérida y Mariquita. La relacion que el padre Alonso Medrano presentó á S. M. y al general de la Compañía en órden á la fundacion del colegio de Santa Fé es muy autorizada y muy digna de la curiosidad de nuestros lectores para que podamos omitirla. Es (dice) el nuevo reino de Granada una de las tierras mas fértiles y ricas de todo aquel nuevo mundo. Su temple es maravilloso, que siendo una perpetua primavera declina un poco á frio, de modo que con moderado abrigo no se hace mudanza de vestido en todo el año. Tiene el cielo alegre, la tierra es sana, y produce en grande abundancia trigo, cebada, maiz y todo género de granos de Indias y Castilla, mucha diversidad y abundancia de frutas, y todo género de legumbres. Hay muchos ingenios de azúcar, y muchas aves y toda especie de caza. Es casi innumerable el ganado mayor y menor de que se proveen las costas de Cartagena, Santa Marta y Venezuela, y las embarcaciones que llegan á esos puertos, á donde es muy fácil la conduccion por el rio de la Magdalena, que está muy cercano á Santa Fé, y por otro vecino á la ciudad de Mérida que desagua en la laguna de Maracaibo. Fuera de esto es la tierra mas rica de oro que se sabe haya hoy en el dia en lo descubierto, porque en solos cuatro asientos de minas principales que tiene, llamados *Zaragoza*, los *Remedios*, el *Rio de Oro de Pamplona*, y los *Llanos*, se saca cada año lo mas del oro que va en las armadas reales á Europa, que de solo el reino es mas de medio millon. En el pueblo llamado la Trinidad de los Mussos están las famosas minas de esmeraldas, que son las mas abundantes y las mejores que se sabe haya descubiertas *ab initio mundi*, pues siendo ellas finísimas, no han disminuido por ser muchas el precio de este género de piedras tan preciosas, y se llevan en grande cantidad por todas las Indias y á la Europa cada año. Finalmente el temple de todo el reino es tal, que se vive de ordinario con mucha salud.

Apénas se conoce enfermedad, y los mas mueren de vejez, como se experimenta cada dia. Tiene grande abundancia de rios caudalosos, y fuentes de bellísimas aguas, por ser todas de minerales de oro. Tambien cria muchas y grandes mulas, y mucha y muy fina pita, que es un género de hilo muy estimado en las Indias y en Europa.

Aunque en todo el reino se comprenden muchas naciones, tres son las principales que están recogidas y puede cultivar la Compañía desde uno ó dos colegios. La primera y principal es la provincia de los indios *Moscas* que comprende á Tunja (que en otro tiempo se llamó Granada) y Bogotá con sus grandes distritos hasta Pamplona, que son poco ménos de cien leguas. Su lengua es la general de todo el reino, por haber sido de esta nacion los antiguos reyes y haber estado en ellos el sumo sacerdocio. Es gente de buena capacidad, valientes en la guerra, y ricos, porque guardan para mañana fuera del comun de los indios. La segunda nacion es la de los *Panches*, que se estiende por *Tocaima*, *Bague*, *Mariquita* y la *Villeta* al Noroeste de Bogotá. Su lengua es hermosa y muy fácil de aprenderse. La tercera es la de los indios *Colimas*, que corre por la Palma, Tudela y la Trinidad hasta Velez, como 50 leguas al Norte de Santa Fé. Son los *Moscas* mas de cuarenta mil tributarios. Los *Colimas* veinte mil, y de doce mil los *Panches*, fuera de las demas naciones estendidas por otras ciudades, que por todos tendrán de tributarios otros cuarenta mil. Las tres naciones están en distrito de poco mas de cien leguas de pueblos comarcanos unos con otros, como en España y Francia. De suerte, que siendo el número dicho de solo tributarios, que son los indios casados y cabezas de familia, se puede hacer juicio de doscientas mil almas en el reino de Granada, y que sin estenderse la Compañía á misiones apartadas (de que habria muchas como en el Perú) tendrá que doctrinar al rededor de sus colegios el dicho número de indios, fuera de un grande número de españoles; y para que mejor se vea, se dirá algo en particular de cada uno de los lugares principales.

Santa Fé de Bogotá es la mas grande y principal ciudad del reino, y residencia del Sr. arzobispo y del gobernador y presidente de la real audiencia. El arzobispo tiene por sufragáneos los obispos de *Popayan*, *Cartagena* y *Santa Marta* á que se añadió despues el de *Caracas*. La ciudad está situada á los 3 grados 78 minutos de latitud septentrional, y á los 307 y 30 minutos de longitud á la ribera del rio Pati. Su audiencia es la tercera de las Indias despues de México y Lima.

Cuando entraron en ella los primeros jesuitas, habria como tres mil vecinos españoles y veinte mil indios, tres conventos, de Santo Domingo, San Francisco y San Agustin, y uno de monjas con el título de la Concepcion, un hospital y cuatro parroquias con la catedral. Está la ciudad cercada de muy bellas huertas, muchos pueblos de indios que la abastecen de todo lo necesario, aguas muy saludables y copiosa pesca, por la vecindad del rio de la Magdalena. Son los edificios de Santa Fé de piedra y cal, por la mayor parte altos y hermosos, y de muy buena habitacion. De los pueblos vecinos concurren en gran frecuencia cada tercero dia con sus mercaderías á una feria á la plaza mayor de la ciudad. Hay fuera de estos indios otros dos mil que vienen cada semana á alquilarse al servicio de los españoles. Unos y otros carecen de quien les explique en su lengua los misterios de nuestra santa fé, y así viven como bárbaros. *Tunja* es una ciudad poco mas de 20 leguas cuasi al Este de Santa Fé, de no menor nobleza que ella. Tiene como trescientos vecinos españoles, y veinte mil de indios. Las tierras en contorno son muy fértiles y abundantes de todo género de ganado. Los españoles son allí los mas ricos del reino. La iglesia parroquial es muy bello edificio. Hay religiosos de Santo Domingo, S. Francisco y S. Agustin, templos muy bien edificadas, y monasterios de la Concepcion y Santa Clara. Tiene muchos pueblos cercanos y obrages en que se labran lanas y paños de todos géneros. Pamplona es una ciudad como á 80 leguas al Noroeste de Santa Fé, de mil vecinos españoles y muchos mas indios. Está cercada de muchas minas de oro, y es muy celebrada la cria de mulas que de aquí se llevan al Perú y á otras partes. Tiene las mismas religiones y un monasterio de Santa Clara. *Merida* es una ciudad de seiscientos vecinos españoles, cerca de 50 leguas de Pamplona al Noroeste, situada en los confines de Nueva Granada y Venezuela, á la ribera de un rio que desagua en el Gran lago de Maracaibo. La Trinidad de los Mussos es ciudad de españoles y muchos indios. Está en ella la mas famosa mina de esmeraldas, que siendo las mejores se dan como piedras comunes y se sacan para toda la tierra. Los españoles en su primera entrada se repartieron entre sí siete mil, y entre ellas muchas de gran valor. Tiene iglesia parroquial y convento de San Francisco. La ciudad de la Palma es tan grande como la Trinidad. Hay en ella gran labor de lienzo que abastece toda la tierra. Tiene muchos ingenios de azúcar de que se provee todo el reino, y las armadas de

Cartagena llevan en grande abundancia. *Velez* es ciudad de españoles del mismo tamaño y calidad de la Palma. *Ibagué*, es lo mismo, y solo se aventaja en crias de ganado mayor. *Mariquita*, es lugar de españoles, de quinientos vecinos y muchos indios. En ella son las minas mas famosas de plata que hay en todo el reino. *Tocaima* es ciudad de españoles igual á Mariquita. Es famosa por lo delicado de sus frutas, y de buenos edificios, aunque suelen serle muy perniciosas las inundaciones del rio, por lo cual está ménos habitada que antiguamente. *Caseres*, la *Gruta* y la *Victoria* son pequeños lugares de muchas minas de oro, no muy ricas ni pobladas por falta de indios que las cultiven. Los *Remedios*, por otro nombre las *Quebradas*, es un asiento de minas de oro que se saca continuamente por el beneficio de mil y quinientos negros esclavos. *Zaragoza* es ciudad de mil vecinos españoles muy ricos, por las minas de oro mas abundantes de todo el reino. Hallase aquí el metal no en vetas, sino en unas como bolsas ó socabones de la tierra en que trabajan tres mil negros esclavos. La tierra es mal sana. *Sogamoso* es un insigne pueblo de diez mil indios, grandes idólatras, por haber estado aquí el mas famoso adoratorio de su infidelidad, gente inculta, dada á hechicerías y enteramente ignorante de nuestra santa ley, aunque ha setenta años que se bautizaron. En la vega de Santa Fé, hay diez ó doce pueblos de indios de tres mil almas cada uno, y treinta semejantes en la comarca de Tunja.

Volviendo á lo interior del nuevo reino, (prosigue el mismo padre) es constante tradicion entre los indios que habrá mil y quinientos años, los cuales cuentan como nosotros por el sol, que vino á esta su tierra del Oriente, un hombre venerable de color blanco, vestido talar, y cabello rubio hasta los hombros, que les predicó la verdadera ley y les enseñó á bautizar los niños, de que conservan hasta hoy la ceremonia de bañar los recién nacidos en el rio. Dicen que caminaba en un camello, de que dan las señas puntuales, siendo así que nunca los hubo en esta tierra. Este hombre fué tenido de ellos en grande veneracion, y refieren que cuando iba á predicar de unos pueblos á otros se le abrian las rocas y le formaban caminos llanos. Esta especie de calzadas, como las vias romanas, duran hasta hoy, y les llaman las *carretas*, y de ellas he visto dos. La una en un pueblo llamado *Bojaca*, de tres leguas de largo, muy ancha y pareja, y lo mas de ella va por la ladera de una grande y áspera sierra. Verdaderamente si no

Cosas raras
de aquel pais.